

Ahora, solo quiero recordar un detalle, algo de él que siempre me hizo meditar; su miedo a morir. ¡Era absurdo! ¿Cómo él, tan infortunado, tan desheredado de la vida, tenía aquel pavor a la Muerte, la gran liberado, la del tibio y blanco regazo para toda congoja humana?

Uno de sus últimos días, escribió:

«Yo

No le he de ofrecer un gallo a Esculapio.

¡Quiero seguir mordiendo la manzana!».

¡Pobre! Quería seguir mordiendo la agria y seca manzana de su vida, que ya mostraba el corazón comido de gusanos.

En su tercera entrega en *Grecia* (n. 21, Sevilla, 10 julio 1919), continúa esa línea críptica, hermética, anulando cualquier anécdota y ofreciendo imágenes de desolación (*El movimiento de la calle/ se hace concéntrico*), pero también de esperanza (*El crujido de tu seda.../ Espero la vuelta*). Todo para ofrecer un «suceso» sin aclarar que motiva una salida a la calle, una huida a la calle y una posible reconciliación. Interesa, de nuevo resaltar el uso de la imagen nueva (*esas interrogaciones/ preguntan por sus obispos./ lloran/ y de su ojo único/ pende una lágrima de oro*).

Dos poemas «póstumos» ocupan las páginas de los números 24 (Sevilla, 10 agosto 1919) y 29 (Sevilla, 12 octubre 1919) de *Grecia*. En el primero, «¡Dios mío!», vuelve sobre el Sol, *el padre de las Artes*, y su desnudez, trasunto del terror ante la página en blanco (*la mano implacable/ de la Observación*). En segundo, «La carta que llega», retoma el símbolo de la misiva epistolar como el vértigo anunciado ante el fin de la vida. El mensaje enigmático que encierra una carta, anunciando algo desconocido (*y oigo la súplica que apremia,/ y la amenaza inquietante,/ y el insulto y el halago y la promesa,/ y la voz inescuchada y la del lazo que se rompió/ en la vida...*) expresa la angustia del ambiente y la asfixia intelectual en la que se encuentra el poeta (*y siento el vértigo del abismo./ Me ahoga/ la presión de mi mundo exterior*).

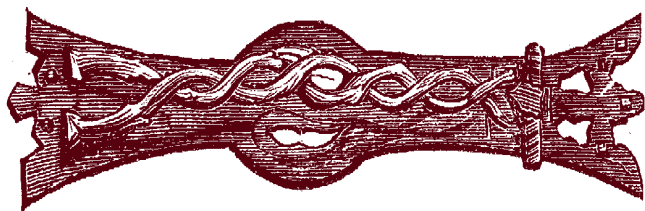
Juan Manuel Bonet consideraba a Rodríguez Jaldón próximo a Pedro Garfias, «al igual que éste se había formado en el modernismo. Siguiéndole con entusiasmo en su evolución hacia el ultraísmo»¹³.

El reconocimiento al poeta ursoonés, Rodríguez Jaldón, llega —después de su muerte— no de su mismo pueblo, sino inesperadamente de Oviedo, del círculo ultraísta ovetense y de su revista *Vltra. Hoja quincenal de Literatura*. Dirigida por Augusto Guallart, la joven publicación del Norte le dedica al poeta un mensaje al final de su número inicial (1 noviembre 1919):

Con el dolor profundo que hace llorar las almas, suprimos la muerte de José R. Jaldón, el hermano desconocido.

ULTRA ofrenda su primer número, en el cual van pedazos de alma y fervorosas ilusiones, a la memoria del joven poeta, tan presto ido de nuestro lado, camino del reino de la Belleza.

Sin duda, es una paradoja que un poeta —casi desconocido del Sur— tuviese un emotivo homenaje en el Norte. Hoy, en 2019, cien años después de su muerte, José R. Jaldón —como firmaba en sus propios escritos— espera aún a sus lectores.



¹³ Juan Manuel Bonet (ed.), *Las cosas se han roto*, cit., p. 484.



RETRATO DE BLANCO HECHO A LÁPIZ POR JOSEPH SLATER EN 1812.

JOSÉ MARÍA BLANCO CRESPO BLANCO WHITE. LA ANGUSTIA ESPIRITUAL DE UN TIEMPO CONVULSO

Por

JUAN NAVEROS SÁNCHEZ

Doctor y Catedrático de Lengua y Literatura Española

Al tratar de presentar a una personalidad literaria tan acentuada como ignorada, tan injustamente criticada como vilipendiada, se siente la necesidad de hacer algunas consideraciones sobre la historia de la literatura española. Una historia literaria, tal y como la proyecta y piensa cualquier mente con unas mínimas pretensiones de objetividad y justicia, debería estudiar en perfecta simbiosis entre hecho histórico y literario el valor de un texto u obra, sin que sea determinante para su calificación o descalificación las peripecias vitales de su autor. Asistiríamos así al paulatino desmoronamiento de determinados mitos literarios, así como a la consideración de otros valores, entre los que indudablemente estaría José María Blanco White.

Resulta casi obligado referirse al hablar de estas cuestiones a Menéndez Pelayo con su partidista, y en algunos casos como el que nos ocupa, injusta obra *Historia de los heterodoxos españoles*, de la cual, el capítulo XV del volumen XII está dedicado íntegramente a él. Y con él a la pléyade de seguidores que lo repiten hasta la saciedad en sus postulados y métodos, y que han contribuido decisivamente a que hoy tengamos que seguir diciendo aquello de que la historia de la literatura española en parte está por hacer. Entre tanta animadversión, han estado a punto de hacer desaparecer de nuestra historia, como a tantos otros, el rastro de una de las más importantes e inteligentes figuras de su tiempo, de no haber sido por la extraordinaria labor desarrollada por Vicente Llorens en la exhumación de los escritores del exilio español en Inglaterra durante el siglo XIX (Llorens 1968) y la dedicación y empeño del profesor Antonio Garnica.

BLANCO EN LA PORTADA DEL LIBRO *CARTAS DE JUAN SINTIERRA*.

La vida de Blanco es la historia de una permanente insatisfacción, encuadrada en una época de cambio e inestabilidad en todos los órdenes, de contradicción y duda. A través de su obra y personalidad podemos ver reflejada la angustia espiritual de su tiempo; *su espíritu*, en palabras del crítico inglés Gladstone (1845: 64), *fue un campo de batalla*, donde su actitud crítica chocó repetidamente con las convenciones religiosas y morales de su tiempo. Y después de todo, *en plena normalidad*, escribe Méndez Bejarano (1920: 229), *nadie vale más ni menos que el medio en que nace, vive y muere, y si el rayo del genio rompe el equilibrio, no puede resultar más que uno de dos extremos: o el trastorno del medio o la tragedia individual*.

Al final de su turbulenta vida y de haber pasado por tres Iglesias, católica, anglicana y unitaria, podía concluir y afirmar desengañado que el ejercicio de un pensamiento libre y racional no era posible en ninguna Iglesia, y que el carácter excluyente y combativo era propio de toda ortodoxia religiosa y política (Blanco 1835: 112). Quizás por eso, la figura de Blanco ha sufrido mucho por los intereses de la parcialidad, desde los entusiastas admiradores extranjeros y anónimas simpatías que lo acompañaron al sepulcro, hasta los detractores inflamados en el fervor de la ortodoxia.

Como la pasión es mala consejera del juicio sereno e imparcial, han hecho falta muchos años para que con ánimo sosegado y compartiendo aquello que él mismo decía en su *Life* (Thom, 1845: 24), de que *una sociedad debe aprender a actuar de acuerdo con el principio de que todo en el hombre y sus preocupaciones, es progresivo y nada puede ser encerrado para siempre en las mismas formas, a menos que destruyamos en seguida la vida que lleva dentro*, sorprenda a todos sus estudiosos la desproporción entre el valor de su obra y su escasísima resonancia.

Y con toda la modestia de quien esto escribe, ese es su propósito con esta breve semblanza biográfica que sigue y con la que pretende enmarcar y sustentar posteriormente un escueto estudio de su mérito literario.

BIOGRAFÍA

Este insigne escritor de triste y desventurada vida, recreada por muchas biografías de las que citaré la de su propia autoría (Blanco 1846), la de Bejarano (1920), Powell (1845), Garnica (1975), Piñeyro (1910), Odgers (1906) y Gladstone (1845), a quien ni el amor a las letras y al estudio pudieron suavizar un solo instante los anhelos de su alma impetuosa, nació en Sevilla el 11 de julio de 1775 de padres sevillanos.

Su progenitor, Guillermo Blanco, nació en Sevilla en 1745 y era hijo de un irlandés establecido en la capital andaluza en 1711. Se casó con la sevillana María Gertrudis Crespo y Neve en 1771, de cuyo matrimonio nacieron nuestro autor, José María, y Teresa, María Fernanda y Fernando.

A José María se le preparó para la profesión paterna desde los ocho años en el escritorio mercantil que regentaba. En gran parte por el rechazo que le producía esa actividad a la que se veía abocado, según su propio testimonio, manifestó pronto su deseo de hacerse sacerdote. Por eso, a los catorce años empezó el primer curso de Filosofía en el colegio de los dominicos, pero su inteligencia y especialmente su espíritu crítico, fortalecido con la lectura de las cartas del padre Feijoo, le propiciaron las primeras desavenencias, por lo que abandonó los dominicos y entró en la universidad. Allí conoció a Manuel María del Mármol, Félix José Reinoso, Alberto Lista, Eduardo Vácquer... y poco después a Manuel María de Arjona, destinado en el Colegio Santa María en 1790. Todos ellos le propiciaron una profunda formación literaria al margen de la institución. Por mediación de Arjona conoció las principales literaturas europeas, formó parte de la fructífera Academia de Letras Humanas y se doctoró en ambos derechos en la Universidad de Osuna. De esto último sólo queda constancia en la relación de alumnos y títulos del año 1793. Para consecución del doctorado no era necesaria la asistencia a clase, sino cuatro años de prácticas, incluso fuera del recinto y algunos años se podían suplir mediante el pago de diez ducados, amén del correspondiente examen o acto secreto para el que con toda probabilidad contaría como padrino a Arjona (Rubio 1976: 307).

No hemos podido comprobar si la ostentosa celebración que le seguía incluiría el paseo a caballo por el pueblo tras la reforma universitaria de Pablo de Olavide. Lo que sin duda comprendería sería la celebración de la misa del Espíritu Santo, acompañamiento musical hasta el tablado a la derecha del padrino, oraciones, juramentos varios, pago de las expensas, entrega del título redactado en latín y el inevitable y regulado *vejamen*, que continuaría en las conocidas, extraoficiales e inevitables fiestas de *obispillos*, *vitores*, etc., de tan genuina y secular tradición estudiantil.

Llegados a este punto, se hace necesaria la puntualización de que, en todo caso, se trataba de festejos muy clasistas y minoritarios, pues

al estar muy bien delimitada en Osuna la frontera entre la nobleza y las clases no privilegiadas, no puede haber lugar más desagradable para los que por su educación se encuentran por encima de las clases humildes pero tienen la desgracia de una cuna plebeya. Cualquier honesto y respetable campesino sin ambición, pero con una dignidad de alma no rara entre los labriegos españoles, puede a este respecto ser objeto de envidia para muchos que están más educados que ellos, porque los señores los tratan con un aire menos altanero (Blanco 1972: 149).

Sin duda, la activa participación en la Academia de Letras Humanas le reportó un bagaje teórico, literario y práctico del que se nutriría el resto de su vida. Del continuo estímulo a la creación de poesía, surgió en 1797 de la iniciativa de Eduardo Vácquer, un pequeño volumen de las poesías leídas en sus sesiones y a las que nos referiremos en el estudio de su obra.

Antes de ordenarse de subdiácono, sintió Blanco el impulso de abandonar la carrera eclesiástica, pero unos ejercicios

espirituales en el jesuítico Oratorio de San Felipe Neri, descritos en sus memorias y cartas, reordenaron su mente, lo cargaron de rigor ascético y de una efímera devoción.

En 1797 ingresó en el prestigioso e influyente Colegio de Santa María de Jesús, que le abriría un amplio campo de posibilidades en la carrera sacerdotal, con la que se creyó reconciliado por la influencia de su nuevo confesor, Manuel María de Arjona. Con toda la elegancia y rigor que impregnó a sus escritos, describió la ceremonia de ordenación que tuvo lugar el 21 de diciembre de 1799 en uno de sus escritos en inglés. Casi al final hace un leve apunte que explica que quizás la mortificación de los instintos fue la razón por la que poco después ingresó en una de las comunidades más devotas de Sevilla, las Escuelas de Cristo:

Entre la multitud de amigos que me rodeaban, como mis padres, para besarme las manos, estaban aquellos mismos labios que unos meses antes hubiera dado la vida por oprimir con los míos; ahora apenas pude darme cuenta de lo suaves que eran (Llorens, 1971: 15).

En 1801 opositó a una canjía de la catedral de Cádiz y poco después a magistral en la Capilla Real de San Fernando de la catedral de Sevilla, que consiguió y con ella inició una etapa convulsa de dudas angustiosas y recaídas físicas, hasta que acepta con valentía su propia realidad de ministro de una religión en la que no solo no creía, sino que le producía una profunda repulsión. En ello tuvieron mucho que ver sus anacrónicos postulados y, sobre todo, el grotesco proceso inquisitorial contra Pablo de Olavide, por su intento de erradicar de la enseñanza universitaria el geocéntrico concepto del universo y los más cercanos y conocidos para él de Mariano Luis de Urquijo, ministro de Carlos IV, o el de los hermanos Cuesta (Pelayo, 1880: cap. XXIII).

En 1803 se reencontró con la literatura como refugio para el temor y la angustia que ensombrecían su espíritu. Su poesía se vuelve más vital, filosófica y moralizante bajo la influencia de Meléndez Valdés. Son también de esta época las *Reflexiones sobre la belleza universal*, *Discurso sobre la poesía* o el ensayo sobre *La inocencia perdida* de Reinoso.

Blanco se encontraba en Madrid desde finales de 1805 con licencia eclesiástica, participando en las tertulias de Quintana y en el Instituto Pestalozziano, hasta el levantamiento popular contra Napoleón. Durante este tiempo intimó con la mujer que sería la madre de su único hijo, posterior oficial inglés en la India. De este período es la oda a *La Verdad*, la *Elegía a Quintana* o *El incordio*.

De los trágicos sucesos que presenciada cumplida cuenta en sus *Cartas de España* (Garnica, 1972). Antes de la entrada de los franceses fue testigo de los sucesos de Aranjuez, de la quema de la casa de Godoy y de las manifestaciones y levantamientos populares. Huyó de Madrid a Sevilla por Extremadura y allí colaboró con el *Semanario Patriótico* de Quintana, en el que levantó todo tipo de suspicacias y animadversiones por su manifiesta inclinación de simultanear la guerra con la revolución social y política. Dos días antes de la llegada de los franceses a Sevilla, huyó a Cádiz y de allí a Inglaterra el 23 de febrero de 1810 para no volver nunca.

Allá emprendió rápidamente la redacción de un periódico titulado *El Español*, que se publicó mensualmente hasta 1814 y que le acarreó muchas enemistades en España por su consideración de subversivo. Aislado e incomprendido, firmaba sus artículos como *Juan Sintierra*, se adscribió a la Iglesia anglicana, recibiendo los sacramentos en Saint Martin in the Fields el 4 de octubre de 1812.

Su decisiva inmersión en la lengua inglesa lo lleva al cultivo de su literatura, en perfecta comunión de ideas literarias con el más brillante grupo de intelectuales ingleses del siglo XIX en Oxford. Además de la colaboración en revistas inglesas, comienza la redacción de sus famosas *Letters from Spain*, un conjunto de artículos en los que entrelaza recuerdos personales con sucesos históricos que pudieran interesar a los lectores ingleses. Del éxito obtenido habla una segunda



RETRATO A LÁPIZ DE BLANCO.

edición y la traducción al alemán. La primera edición española es relativamente reciente y debida a Antonio Garnica (1972).

En 1835 y en Liverpool, guiado por su visceral animadversión al dogmatismo y la intolerancia que percibió también en el anglicanismo, se refugió en un círculo religioso minoritario y místico, conocido como los Unitarios, aunque convencido ya de que toda ortodoxia se nutre del rechazo de lo que no concuerda con sus postulados.

En 1839, dos años antes de su muerte y conmovido por la visita de familiares españoles y de su constante amigo Alberto Lista, volvió a escribir en español la novela inacabada *Luisa de Bustamente o la huérfana española* y algunos poemas muy íntimos y apasionados.

El 20 de mayo de 1841 falleció en Liverpool, habiéndose declarado cristiano *aunque no al modo de los teólogos*. Su tumba se encuentra en los jardines de William Roscoe, en pleno centro de Liverpool. Una reciente placa conmemorativa lo recuerda en español e inglés.

OBRA

Apartando a un lado prejuicios, antipatías y querellas, paso al estudio de su mérito literario y en especial de su poesía. Para ello es obligado hablar del grupo de amigos y de la institución a la que debió el encauzamiento de sus primeros impulsos poéticos, la Academia de Letras Humanas. Llegó a fundarse en mayo de 1793 con la protección de don Juan Pablo Forner, hombre admirado y respetado como funcionario, escritor y sabio. Esta última palabra tenía para ellos una valiosa acepción añadida, pues recogía no solo al hombre de ciencia, sino al que no desdeña sus deberes sociales y patrióticos.

Además de la contribución de Forner, contó con la aportación y entusiasmo de unos pocos jóvenes poetas, estudiantes de teología la mayoría, de los que más lucirán e influirán en la primera mitad del siglo XIX. Sus componentes principales



HOLLAN HOUSE. LUGAR DE RESIDENCIA DE BLANCO DURANTE MUCHOS AÑOS. DIBUJO DE 1812.

fueron: Manuel M.^a de Arjona (1771-1820), indiscutible y respetado jefe; Fausto Matute y Gaviria, director de *El Correo Literario de Sevilla*; Alberto Lista (1775-1848), gran admirador, amigo y traductor de Blanco; Félix José Reinoso (1772-1841), primer secretario de la Academia; José M.^a Roldán; Félix M.^a Hidalgo; Francisco de Paula Crespo; Francisco de Paula Núñez y Díaz; Manuel M.^a del Mármol y José M.^a Blanco Crespo (Méndez, 1920: 31-35).

Sus propósitos fueron, además del cultivo de la lírica, el estudio de los mejores escritos sobre las bellas letras, para lo cual leyeron y estudiaron los tratados de Luis Vives, P. André, Forney, Muratori, Rollin, Fleury y principalmente los *Principios de Literatura* de Batteux (1713-1780).

En su corta existencia, se deshizo a finales de 1801, la Academia conoció los más duros ataques de los tradicionalistas escolásticos a través de un libelo, *Carta familiar de D. Myas Sobeo a D. Rosaura de Safo* (Aguilar, 1982: 194). A la pregunta que formulaba el folleto sobre cuáles eran sus frutos, contestaron ellos imprimiendo en un volumen las poesías selectas de Blanco, Reinoso y Lista, reunidas e introducidas por E. A. Vácquer (1797).

El mérito de esta escuela estuvo en basarse en la autoridad de una tradición respetable. Reinoso y Roldán inclinados más hacia Herrera y Lista a Rioja, e infundiendo en la poesía el gusto delicado de la forma, en un tiempo en que reinaba el mal gusto y el prosaísmo.

Llamábanse poetas los que hacían versos en cualquier fiesta pública o privada ya con el vaso en la mano, ya con el objeto de imprimírselos. Pero para esta profesión no se hacía ningún estudio, ni aun se creía que fuese necesario hacerlo (Lista, 1838: 251-276).

Contra este estado de cosas clama Blanco en su oda a Apolo (Vácquer, 1797; Cueto, 1869: 655):

*Baja y verás la turba que al sagrado
coro desprecia y de Helicón profana
la no manchada frente, y la gloriosa
cumbre blasfema con furor osado...*

Todos harán una poesía artificial, pero con elevación y dignidad en los asuntos y pensamientos, como reconoce el propio Menéndez Pelayo (1962: Vol III, 439).

Casi todos tienen composiciones religiosas que representan una reacción cristiana, obediente a una convicción fervorosa, a la vez que a una alianza con reminiscencias mitológicas. Curiosamente, el tema favorito era la inmaculada concepción de la Virgen, que sin la sanción oficial de la Iglesia era ya artículo de fe para la mayoría de los católicos y sobre todo para

los sevillanos (Aguilar, 1982: 224). Su curiosa gestación, nacida de la disputa entre franciscanos y dominicos y posterior apoyo político, fue resumida y narrada por el propio Blanco en sus *Cartas de España* (1977: 334-339).

La labor de estos poetas, como la de ningún otro, no se puede enjuiciar independientemente de la época que les tocó vivir, puesto que su verdadero valor radica en lo que tienen de poetas del siglo XVIII, el siglo de la *Enciclopedia* y de la inquietud reformista. Los sacerdotes y frailes formaban casi exclusivamente el plantel de nuestros poetas y didácticos, eran casi los únicos que pensaban y leían y por eso entre ellos pudo prender antes que en otras clases el germen de la crítica y de la heterodoxia.

La obra poética de Blanco es muy desigual pero sorprendente; va desde las composiciones triviales, frías y a veces incorrectas, hasta las de tono más exaltado y armonioso, íntimo y apasionado, pero todas son documento desgarrado de una vida que, ante todo, fue sincera y leal consigo misma.

En su obra hay dos periodos bien diferenciados, en consonancia con las dos fases de su vida.

1.º Su estancia en España hasta febrero de 1810, cuando embarca para Inglaterra

Lo llenan sus aficiones literarias cultivadas junto a sus compañeros de la Academia de Letras Humanas. Parte de las composiciones de este período están en la colección de la Academia; las restantes fueron publicadas en periódicos de Madrid y Sevilla.

En general son retóricas, altisonantes y expresan pensamientos comunes y de moda, salidos de la pluma de un fácil versificador. Responden más bien al deseo de poetizar. Sirvan de ejemplo las dos odas a la Inmaculada Concepción (Vácquer, 1797), con su inconfundible sello de escuela sevillana, por su asunto, por la ternura del sentimiento religioso y por sus artificios herrerianos. La primera se compone de cuatro solemnes estancias y la segunda de dieciséis liras de cuatro versos. En definitiva, y a pesar de la utilización de ciertos tópicos como son las alusiones mitológicas, el paisaje bucólico, etc., se trata de dos perfectas composiciones donde se mezcla el fervor mariano con un inocente optimismo juvenil. Estos elementos los comparte también la égloga *El Mesías*, basada en otra del poeta inglés Pope.

Compuso un nutrido grupo de poesías amorosas como son las odas *A Dorila*, *A Corila*, *A Elisa*, tres seguidillas y una canción. Pertenecen al género anacreóntico las primeras, utilizando en todas los más trillados tópicos de la poesía amatoria aunque con algunos aciertos. Se trata de una poesía sobria y casta, no se pasa en ella de las miradas y suspiros, a diferencia, por ejemplo, de las anacreónticas de Meléndez.

También se dirige a sus compañeros y amigos exhortándolos en la virtud con títulos como los siguientes: *A Licio*, *De Albino*, *A Fileno*, *En la muerte de Norferio*. Estos nombres pastoriles que adoptaron Lista, Blanco, Reinoso y Forner respectivamente, que suenan a falso y parecen hasta ridículos, nunca fueron impedimento para la expresión sincera de un sentimiento, sino para todo lo contrario.

Cierran la nómina poética de esta primera época las más claramente neoclásicas en el contenido, como las que dirige *A Apolo*, *A las musas* o *A Carlos III*, como el gran benefactor. O las filosóficas *La verdad*, *La belleza*, *El triunfo de la beneficencia* y *Los placeres del entusiasmo*, ofreciendo esta o aquella virtud como consuelo para el hombre en todo mal, al mismo tiempo que causa de sus placeres más dulces. En la última asoma el pesimismo y la melancolía que ya siempre lo acompañarán, contradiciendo incluso los deseos del autor:

*... la morada
del dolor es la tierra; aquí su trono
tiene fijo, y en vano
se quiere huir de su certera mano.*

Todos los metros de esta etapa inicial de Blanco no ocultan su factura de escuela, y pese a sus indiscutibles méritos poéticos no se le puede considerar entre los líricos de primera magnitud. Están presentes en ellos el genio y el talento, el estilo brillante, un lenguaje correctísimo, que hacen de ellos una poesía valiosa, de tono digno y sostenido. Pero, *rara vez perdona el genio en una edad más adelantada las producciones que fueron primicias de su juventud, porque no es posible dar a estas flores la consistencia de los frutos. Los progresos que la razón hace con los años, el estudio y la experiencia, no las puede suplir el talento ni la fantasía...* Las composiciones de aquella época eran más de lo que se podía esperar de unos jóvenes que se habían formado a sí mismos... La perfección debía ser obra del tiempo (Lista, 1838: 263).

2.º Las composiciones de su larga estancia en Inglaterra

Sólo en dos ocasiones y muy próxima su muerte, cuando el deseo de hablar por última vez con los españoles parece rebosarme el pecho, volvió a escribir poesía en español; el resto en inglés.

Esta poesía ya no conserva de la escuela sevillana sino el culto de la forma y sólo en contadas ocasiones. Sus versos delicados y exquisitos dan preferencia al fondo sobre el estilo. Nuevas ideas poéticas corren por su mente y el deseo de expresar las expansiones momentáneas de su corazón llega a marginar la forma. Ahora es su alma la que busca respirar en poesía.

La poesía de esta segunda época es, en general, muy superior a la que dio a luz en Sevilla y Madrid durante la primera mitad de su vida. El gusto poético de Blanco había experimentado un cambio muy considerable. Familiarizado con los clásicos griegos, enriquecido con extensas lecturas de poetas extranjeros, no le movían a poetizar como en sus mejores días temas religiosos o las convulsiones del pueblo español. Cuando poetiza, lo hace espontáneamente para expresar sus sentimientos más íntimos, la controversia de sus propias ideas. El gran subjetivismo, intimidad y sinceridad vertidos en sus versos, son las características más sobresalientes.

Los versos en inglés son muy numerosos y desiguales. Distribuidos por los tres tomos de su *Autobiography*, se encuentran algunas composiciones como el soneto *On hearing myself for the first time called an old man* («Oyéndome llamar viejo por primera vez»), que es de tono filosófico, resignado y de tema muy común.

Después del epitalamio que dedicó a la ceremonia nupcial de la reina de Inglaterra y de los emocionados pareados que dedicó para el álbum de Miss Rathbone, las composiciones *Memorial of the Writen, Proofs of idleness, Not of Conceit* y *Under suffering*, son muestras y pruebas escritas de los muchos y desesperados instantes que vivió en sus últimos días. Sirva de ejemplo la melancolía infinita descargada en estos versos, cuya traducción literal, hecha por M. Bejarano, transcribo:

Líneas misteriosas! El corazón resiste a decir los sombríos manantiales de vuestro habitual encanto. Ausencia y muerte son las milagrosas fuentes que convierten en tesoros las cosas más triviales. Pero ¿por qué quejarse? La suavidad que penetra las más verdaderas virtudes del hombre brota bajo las sombras de la muerte. La tristeza es la que suaviza el brillo demasiado peligroso del placer. Demasiado orgulloso sería el ojo nunca humedecido por una lágrima.

O estos otros en los que llega a desear la muerte, consumido por los padecimientos físicos, y disimulando mal la desesperación bajo la resignación cristiana:

¿Por qué el enojo inflámase en mi pecho? ¿Podrá calmar la cólera mi alma y restaurar su paz? Sufre, le dicta, acepta tu destino apura su amargor, mas no maldigas. Humilde, es cierto, mas Dios, no suyo; y Él

no quiso negar su sacerdote. Segura de su amor, alienata, ¡oh alma! Breve es la ruta, rinde otro homenaje de amor... y acaben tus cansados días.

Pero sobre todos ellos se alza una composición, el soneto titulado *Mysterious Night*, también titulado en español *La noche y la muerte*, el primero que dio a conocer en España y quizá el único al que el público español ha tenido acceso. Es una magnífica muestra de intuición poética, clara y delicada, una pequeña obra maestra. Se sabe por una carta del crítico inglés Samuel Taylor Coleridge de 28 de noviembre de 1827 que ya había escrito Blanco este famoso soneto que no duda en calificar como *el soneto más hermoso y más admirablemente concebido que tenemos en nuestra lengua*. Menéndez Pelayo también lo considera como *el mejor soneto inglés de los modernos tiempos* (Menéndez, 1948: 211-213).

El texto que hoy se conoce y se imprime no es el que escribió entonces, sino el que retocaba en octubre de 1838 y que es el siguiente:

*Mysterious Night! when our first parent knew
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?
Yet, neath a curtain of translucent dew
Bathed in the rays of the great setting flame,
Hesperus, with the host of heaven, came,
And lo! creation widened in man's view.
Who could have thought such darkness lay concealed
Within thy beams, O Sun, or who could find,
Whilst fly and leaf and insect stood revealed,
That to such countless orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life?*

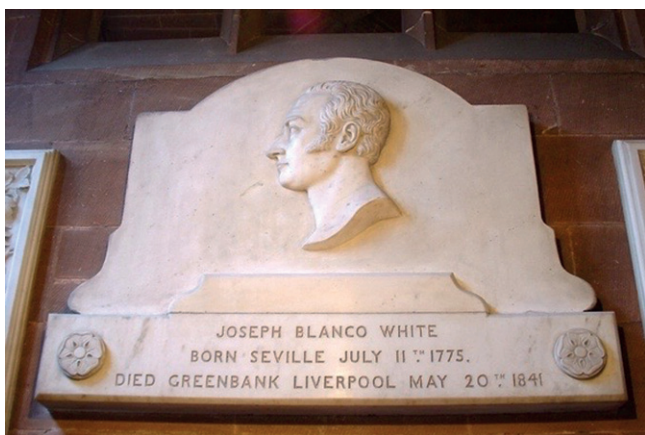
Ha sido traducido en muchas ocasiones y con desiguales resultados, así como incluido en multitud de antologías, hasta el punto de haberse creado toda una literatura en torno a él.

Entre las versiones más famosas y conocidas está la de su amigo A. Lista. La hizo sobre la redacción manuscrita y definitiva que el propio Blanco le mandó y que se conserva en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Lista la publicó en 1822 en la primera edición de sus *Poesías* y la tituló *El sol y la vida*:

*¡Oh noche! Cuando a Adán fue revelado
quién eras, y aun no vista, oyó nombrarte,
¿no temió que enlutase tu estandarte
el bello alcázar de zafir dorado?
Mas ya el celaje etéreo, blanqueado
del rayo occidental, Héspero parte;
su hueste por los cielos se reparte,
y el hombre nuevos mundos ve admirado.
¡Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,
oh Sol! ¿Quién acertara, cuando ostenta
la brizna más sutil tu luz mentida,
esos orbes sin fin que nos velabas?
¡Oh mortal! Y ¿el sepulcro te amedrenta?
Si engañó el Sol, ¿no engañara la vida?*

Pero quizás la traducción más elogiada sea la del poeta colombiano Rafael Pombo (Restrepo, 1946: 175). Es una traducción más libre aunque más fiel en el pensamiento:

*Al ver la noche Adán por vez primera
que iba borrando y apagando el mundo,
creyó que al par del astro moribundo
la creación agonizaba entera.
Mas luego al ver lumbrera tras lumbrera
dulce brotar, y hervir allá un segundo
universo sin fin... vuelto en profundo
pasmado de gratitud, ora y espera!
Un sol velaba mil; fue un nuevo oriente
su ocaso; y pronto aquella luz dormida*



LÁPIDA DE SU TUMBA EN LIVERPOOL.



PLACA EN HOMENAJE A BLANCO WHITE.

*despertó al mismo Adán pura y fulgente.
¿Por qué la muerte el ánimo intimida?
Si así engaña la luz tan dulcemente,
¿por qué no ha de engañar también la vida?*

Han traducido también el famoso soneto Enrique Piñeyro (1910: 196), Fernán Coronas (1919: 701) en alejandrinos, al latín por el escritor inglés Samuel Bond (Gómez, 1946: 175), Antonio Elías (Entrambasaguas, 1945: 349) o incluso la más reciente de Jorge Guillén (Goytisolo, 1982: 330).

Todas las traducciones enumeradas, así como las muchas antologías que le han dado cabida, dan prueba del interés que siempre ha despertado esta flor poética cargada de melancólica armonía, culminación de una serie de intentos y complacencias en torno a metáforas del firmamento, de la noche, de la oscuridad y de la nueva luz, a las que, ya desde las primeras composiciones, había recurrido. Sobrecoige por la perfección formal de sus pentámetros, por la magnitud de su belleza seductora, difícil de eludir, y por el magnetismo ejercido sobre tantos poetas a lo largo de varios siglos. Posiblemente lo escribiera en un momento de triste recogimiento y meditación profunda al que se vería forzado un ánimo, antaño optimista y alegre, herido por la añoranza, las ausencias y las dolencias físicas que le harían pensar en la muerte. La melancolía infinita que rezuma nace de los sombríos manantiales de un alma nacida y nutrida de los días soleados y vitalistas de su Sevilla natal y resignada al exilio lluvioso y plomizo de los cielos adoptivos de la pérfida Albión.

Hasta aquí las composiciones en inglés conocidas y en las que expresa sentimientos y expansiones sinceras y apasionadas de su corazón y de una forma en la que parece no deber casi nada a la tradición poética sevillana.

Las poesías en español, aun conservando los viejos ecos formales de su juventud, comulgan con las inglesas en la preferencia del fondo sobre el estilo, en el acento íntimo y apasionado. Todas ellas fueron escritas durante el otoño de 1839 e invierno de 1840 y tras la visita de su primo Lucas Beck y su hijo Juan, que lo obsequiaron con un ejemplar de la segunda edición de las *Poesías* de A. Lista que habían aparecido en 1837 dedicadas a él.

El conjunto de estas poesías es también desigual e interesante. Durante uno de los viajes que hizo de Liverpool a Dublín para visitar al arzobispo y gran amigo suyo Whately, concebiría una de sus composiciones más famosas y que es la silva *Una tormenta nocturna en alta mar*. En ella, al cantar las zozobras de su navío en medio de una gran tormenta, intercala unas profundas reflexiones sobre la vida, la muerte y los seres queridos. El tema de esta silva lo recreará en otra composición titulada *Escena y diálogo en un navío incendiado*. Ambas están centradas en la escena que se narra en el capítulo tercero de su única novela *Luisa de Bustamante o la*

huérfana española en Inglaterra (Blanco, 1975). Estas dos composiciones, pese a las reticencias del autor a publicarlas por considerar que había perdido el dominio del español, se nos muestran sobrias y majestuosas.

Entre todas las españolas de sus últimos años, sobresale el tristísimo y desolado soneto titulado *Poder del recuerdo de mi amigo Lista*. Lo compone el 12 de febrero de 1840, un año antes de morir. Atormentado por los dolores de la enfermedad, sumido en su pesar y deseando morir, se acuerda de su entrañable amigo en este íntimo diálogo consigo mismo:

*¿Qué me resta, infeliz! si acongojado
en alma y cuerpo, ni descanso un hora
ofrécame el dolor que me devora,
ni espera verle mi vejez templado?
A su inclemencia y a la edad postrado
en vano luce para mí la aurora,
que no es el brillo con que el orbe dora
solaz bastante al corazón llagado.
Miseró! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
del sepulcro una voz que dice: «Abierta
tienes la cárcel en que gimes. Vente?».
¿Por qué? pregunto. —Porque tierno amigo,
en imagen vivísima, a la puerta
se alza, y llorando dice: «No, detente»
(Lasso, 1876: 147).*

Resta por mencionar un conjunto de composiciones cuyo origen parece haber sido el de un simple ejercicio, como son *En una ausencia*, *La verdad*, *Herminia* y *Leonato*, *A un teólogo glotón*, *La revelación interna*, todas escritas en 1840.

Pocos meses antes de morir, escribió Blanco una bellísima despedida en su español nativo, en forma de epitafio poético, titulado *A Cecilia Beck*, del que entresacamos los siguientes versos:

*Si alguno saber quisiere
quién es el que esto escribe,
dirás, Cecilia, que vive
lejos de cuanto más quiere;
Dile, en fin, que nunca olvida
al país en que nació,
y que amará a los que amó
mientras le dure la vida.*

La poesía de Blanco, aun no rayando a la altura de los grandes líricos, es prueba de cuanto el talento puede lograr en poesía. Si la poesía de su primera etapa conserva la rectitud, a veces rigidez, la corrección y gusto de la tradición sevillana, con más propósito artístico que sinceridad, pero de lenguaje



CUADRO DE BLANCO EN LA SALA DE PROFESORES DE LA FACULTAD DE FILOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

florido y suave, la de su segunda época es más relajada en la forma pero más sentida, personal y apasionada. En general, a ambas las guía el mismo hilo conductor, el desengaño con tonos melancólicos, sin desesperanza al principio y desesperada, íntima y trágica al final.

En conclusión, la poesía final de Blanco es la descripción de un paisaje espiritual desolado y angustiado, muy próximo al gusto romántico, porque refleja la angustia espiritual de unos tiempos convulsos.

Pero antes de concluir, permítanme prevenir a quien lea sus *Cartas de España*, a quien recorra su *Autobiografía* (Blanco, 1975), a quien conozca la vida y la obra de este doliente y dolido exiliado, que entenderá que su gran mal, aquel que lo impregna de su habitual tristeza, tiene su génesis en un profundo amor a la verdad y a la libertad. Y al final, desengañado, pero sólido en sus convicciones religiosas, las reafirmó con aquella frase tan sencilla, lapidaria y contundente: *Dios no tiene religión*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, F. (1982): *Historia de Sevilla*. Sevilla.
 ALCALÁ GALIANO, A. (1860): «De la escuela literaria formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado», *Crónica Española de Ambos Mundos*, t. I, pp. 265-268.
 — (1886): *Memorias*, Madrid.
 BADEN POWELL (1845): «Life of the Rev. Joseph Blanco White», *Westminster Review*, XLIV, pp. 273-325.
 BATTEUX, Ch. (1713-1780): *Principios filosóficos de la literatura, o Curso razonado de Bellas Letras y de Bellas Artes*, Madrid.
 BLANCO, J. M.^a. (1775-1841): *Letters from Spain* London.
 — (1835): *Observations on Heresy and Orthodoxy*, London.
 — (1846): «Autobiography of the Rev. Joseph Blanco White. A summary and review with textual», *Dublin Review*. Dublín.
 — (1975): *Autobiografía*. Edición, traducción, prólogo y notas de A. GARNICA. Sevilla.
 — (1975): *Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra*, Barcelona.

- (1977): *Cartas de España*, Introducción de V. LLORENS y edición, traducción y notas de A. GARNICA. Madrid.
 CUEVAS, M. Á. (1982): «Las ideas de Blanco White sobre Shakespeare», *Anales de Literatura Española*, 1, Alicante, pp. 248-268.
 — (1993): «Blanco White y el Misterio de la Noche», *Archivo Hispalense*, 231, Sevilla, pp. 173-186.
 CUETO, L. A. (1869): *Poetas líricos del s. XVIII*, B.A.E. 61, p. 655. Madrid.
 ENTRAMBASAGUAS, J. (1954): «La traducción del famoso soneto de Blanco-White», *Revista de Literatura*, Madrid, VI, núm. 11-12, pp. 337-349.
 FERNÁN CORONAS (1919): *Blanco White y Draconcio*, en B.R.A.E. VI, pp. 699-708.
 GARNICA, A. (1974): «Blanco White en Cádiz», *Archivo Hispalense*, 176, pp. 1-40.
 — (1993): «El heterodoxo Blanco White», *Archivo Hispalense*, 231, pp. 137-153.
 — (1998): *Escritos Autobiográficos Menores. José Blanco White*, Huelva.
 GARNICA, A. y DÍAN, J. (1994): *Obra poética completa*, Visor, Madrid.
 GLADSTONE, W. E (1845): «Life of Mr. Blanco White», *The Quarterly Review*, London, LXXVI, pp. 167-203.
 GÓMEZ RESTREPO, A. (1946): *Historia de la literatura colombiana*, vol. IV, Bogotá.
 GOYTISOLO, J. (1982): *Obra inglesa de Blanco White*, Barcelona.
 LASSO DE LA VEGA (1876): *Historia y juicio crítico de la Escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX*, Madrid.
 LISTA, A. (1838): «De la moderna escuela sevillana de literatura», *Revista de Madrid*, I, pp. 251-276.
 LLORENS, V. (1968): *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra. (1823-1834)*, Edit. Castalia, Madrid.
 — (1971): *José M.^a Blanco White. Antología*. Barcelona.
 MÉNDEZ BEJARANO (1920): *Vida y obras de D. José M.^a Blanco y Crespo*, Renacimiento, Madrid, pp. 13-299.
 — (1856-1912): *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid.
 — (1962): *Historia de las ideas estéticas en España*, C.S.I.C., Madrid, vol. III, cap. III, p. 439.
 ODGERS, J. C. (1906): «Joseph Blanco White. A newly discovered portrait», *The Inquirer*, London.
 PINEYRO, E. (1910): «Blanco White», *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, XII, n.º 1 y 2, pp. 71-100 y 163-200.
 REINOSO, F. J. (1886): «Historia de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, desde su nacimiento hasta el 10 de mayo de 1799», *Archivo Hispalense*, II. Sevilla, pp. 25-40.
 RUBIO, S. (1976): *El colegio-universidad de Osuna (1548-1824)*, Sevilla.
 THOM, J. Hamilton. (ed.) (1845): *The life os The Rev. Joseph Blanco White, written by himself, with portions of his 'Correspondence'*, London.
 VÁZQUER, E. A. (1797): *Poesías de una Academia de Letras Humanas de Sevilla*, por la viuda de Vázquez y cía., Sevilla.

